

## TRES MEDITACIONES SOBRE EL COMUNISMO

### I

Generalmente los testimonios que nos ofrecen los desengañados del comunismo, incluso los más inteligentes, suelen ser testimonios patéticos. Vibra en ellos casi siempre un drama personal, el drama que siempre encierra el descubrimiento del abismo existente entre unos ideales revolucionarios, puros y utópicos, y una realidad cruel y despiadada, encaminada a anular la dignidad del hombre y sus naturales anhelos de alcanzar dos elementales imperativos de la existencia hoy en día, que son el pan y la libertad. Ante estas aventuras personales —miles y miles de aventuras vividas con singular intensidad—, la opinión libre se conmueve y cada una de ellas aporta una nueva nota de oprobio para esta degradante y cruel experiencia humana de vastas proporciones que lleva el nombre de comunismo.

Otra nota destacada de estos testimonios consiste en que ellos pertenecen a afortunados supervivientes que han logrado evadirse del enorme universo concentracionario comunista. Sus mensajes se convierten de esta forma en documentos lanzados desde fuera y *a posteriori*, ya que el sistema comunista mismo es de todo punto intolerante hacia una crítica formulada ante el mundo desde sus mismos dominios.

Ante estas características generales de las aventuras personales y de los testimonios públicos de amplia resonancia encaminados a denunciar los errores y los crímenes del comunismo, o simplemente a someter a implacable crítica la realidad comunista, la aventura personal y los testimonios críticos del dirigente comunista yugoslavo Milovan Djilas adquieren perfiles verdaderamente únicos. Quien pronuncia el nombre de Milovan Djilas en el mundo comunista, o mejor dicho, quien lo pronunciaba hasta hace unos años, pensaba en una de las más excelsas expresiones de aquella *élite* de dirigentes comunistas, que los mitos y la propaganda del más allá del telón de acero saben ensalzar con machacona persistencia. Intelectual comunista de primer orden, la segunda personalidad yugoslava después de Tito, consultado por el propio Stalin en graves momentos del comunismo internacional, héroe en la guerra partisana, forjador del nuevo Estado comunista en su país, Djilas representa el

caso único de un jefe comunista que llega a la conclusión de que el sistema se halla en crisis sin salida posible, mientras ocupa aún importantes cargos de Gobierno.

Ningún medio, entre todos los que emplean Tito y sus enemigos, desde la persuasión y el recuerdo sentimental de los años de lucha común, hasta las amenazas, condenas y la cárcel, nada puede detener al gran «hereje» de Belgrado en su crítica despiadada del sistema comunista, llevada a cabo desde dentro de la experiencia comunista misma. Su aventura no puede compararse con la de Trotsky y otros «rebeldes» comunistas, generalmente adversarios de Stalin, que ofrecían una determinada interpretación del comunismo y combatían los métodos stalinistas. Djilas nos ofrece el caso curioso de un comunista que permanece dentro del orbe comunista, que sigue siendo en esencia comunista, pero que somete el comunismo a la crítica más profunda, sin que de ella se salven profeta y fetiche alguno. Marx y Lenin, Trotsky y Stalin, Tito y Kruschev, la revolución permanente y el nacional-comunismo, nada escapa a su dialéctica fría y documentada, que nos lleva irremediabilmente a la conclusión de que el comunismo, desde el principio hasta el final, desde sus profetas primeros hasta sus vulgares epígonos de hoy, que manejan las ideas con argumentos de patanes, desde la gran utopía inicial, hasta la degradante y cruel realidad de hoy en sus medios y sus fines, en el juego permanente entre sus ideales y sus realidades, ha sido un enorme fracaso, una agonía revolucionaria latente, pese a su enorme desfile de fuerzas y despliegue de energías.

Pero si es singular la aventura personal de Djilas, no menos nuevo e interesante es su testimonio crítico. No se trata de un documento patético. Es una explicación concreta, fría, intelectual, llevada a cabo sin pasión polémica, sin que parezca un solo momento que la persona que nos ofrece este análisis espectral del comunismo haya sido hasta ayer uno de sus protagonistas y que sufra en su carne y su espíritu, ahora mismo, las consecuencias directas de su actitud crítica. Por todo esto y por mucho más, acaso, el último libro de Milovan Djilas publicado con enorme éxito en todo el Occidente, es un libro sensacional. Su título, *La nueva clase*; un análisis del sistema comunista, indica de por sí un elemento nuevo en la raíz misma de su diagnóstico en el sentido de que atribuye a una casta política resultante de la revolución y la experiencia estatal comunista el papel preponderante en la expansión, el poder y la agonía ideológica y revolucionaria del comunismo.

Con posterioridad, Djilas mismo evoluciona de tal forma que en el libro *País sin justicia*, la agonía ideológica de la doctrina en la cual había militado le lleva a la exaltación de una mentalidad tribal y primitiva, considerada en términos románticos.

Desde el primer momento, Djílas quiere advertir que su actitud no es fruto de las desilusiones, después de haber escalado toda la jerarquía comunista y haber contribuído a la implantación de la llamada sociedad socialista. Ha querido, con ello, separar sus problemas y su aventura personal, de sus observaciones y del diagnóstico que formula en torno al comunismo contemporáneo. «Estas son, escribe, simplemente perspectivas e ideas sobre el mundo en que vivo. Soy un producto de este mundo. He contribuído a su nacimiento. Ahora soy uno de sus críticos. He luchado en el pasado, estoy luchando ahora por un mundo mejor. Esta lucha puede no producir los resultados deseados. Sin embargo, la lógica de mi acción está contenida en la duración y continuidad de esta lucha.»

Ninguna revolución en la Historia ha presentado un abismo tan grande entre las promesas hechas a unas masas ilusionadas y lo que se ha alcanzado en la experiencia política, social y económica posterior al triunfo. Casi nada de lo que había prometido la revolución comunista se ha podido realizar. En cambio, ha surgido, como uno de los más importantes resultados suyos, algo que nadie había previsto. Ni Marx, ni Lenin, ni el mismo Trotsky, preanunciadores de una sociedad sin clases, habían previsto la aparición de una nueva clase, con caracteres de casta, que la historia no conocía aún. Su origen es, a la vez, político, social y económico. Se trata de una burocracia política, expresión última de la acción del partido, una vez alcanzado el poder y conquistado el nuevo Estado. Simbolizando un conflicto latente entre la sociedad y el Estado, ella halla, sin embargo, su origen en el mito del proletariado y en el impulso inicial dado por el apoyo de las masas arrastradas en el proceso revolucionario. Económicamente su aparición se justifica desde el momento en que ella disfruta ilimitadamente, en forma de monopolio personal y privilegiado, de toda la propiedad de la nación.

Esta nueva clase se forma sobre la base de los revolucionarios profesionales, en el seno del partido, después de la conquista del poder. Su verdadero creador fué Stalin en Rusia, y sus imitadores fuera de Rusia. En su tiempo, Trotsky había observado que los revolucionarios profesionales de la prerrevolución fueron el origen de la burocracia stalinista; pero lo que no había comprendido Trotsky es que esta misma burocracia política, en aumento al paso de la industrialización y la colectivización, constituía las bases de una nueva clase de propietarios y explotadores. Cuando ella surge, los ideales revolucionarios y las preocupaciones ideológicas reales son simples *slogans* y esquemas sin vida. Ella está simbolizada por la generación de los hombres prácticos, animados por una desenfrenada pasión de mando y poder. No todos los miembros del partido son miembros de la nueva clase. A medida que se perfila mejor y más definidamente su fisonomía, el papel

del partido mismo disminuye, convirtiéndose en una oligarquía tradicional. El partido crea la clase, pero ella crece utilizando el partido como base, rompiendo el esquema clásico que hace que los partidos sean el resultado de una clase y no viceversa.

Si a esta nueva clase se le quitaran sus derechos de propiedad sobre todos los bienes materiales de la nación, dejaría de existir como clase, y con ello el comunismo concebido como monopolio y sistema totalitario, sucumbiría. Stalin ha destruido el partido como realidad ideológica, transformándolo, a través de la nueva clase, en una casta de privilegiados impersonal y sin color. El ha hecho que esta clase estuviera directamente interesada en el proceso de industrialización, el único capaz de justificar su existencia y continuidad. Trotsky creía que la nueva clase burocrática desaparecería con Stalin mediante una «revolución palaciega». Djilas demuestra que, muerto Stalin, la nueva clase perdura y sólo podrá desaparecer junto con el edificio monolítico del sistema comunista.

El mundo dominado por la nueva clase comunista es un mundo en crisis, minado por insolubles contradicciones. Sólo con la desaparición de esta monstruosa casta y del sistema que la sostiene, la sociedad comunista puede recobrar los perfiles de una sociedad libre. Milovan Djilas ha recobrado el sentido justo y necesario de la idea de la libertad. No por medios de revelación, ni porque la casta de la cual formaba parte le haya privado por la fuerza de sus privilegios. Sino por el camino de una lógica sin concesiones y de la convicción de que la sociedad comunista no puede alcanzar la libertad en los términos heredados de su propia revolución.

## II

La sensibilidad de nuestro tiempo se ha demostrado cada vez más reacia a las visiones globales de las cosas. En las manifestaciones del espíritu —tales los diagnósticos culturales, la literatura, las fórmulas innovadoras en el arte— se ha hecho patente la propensión de revelar los arcanos sentidos de la cosa, el virtuosismo del detalle, la magia de lo fragmentario.

Sin embargo, la propia situación de nuestro tiempo nos coloca de repente, sin que nadie haya previsto la trágica alternativa, sin la anticipación profética de nadie, ante la necesidad de plantear globalmente el problema del cual emergen todos los demás problemas inherentes al hombre. El problema de la existencia misma del hombre sobre la tierra.

Causa verdadero estupor la falta de previsión de los espíritus más preclaros, ante esta posibilidad definitiva, que implica, por la destrucción de

la vida humana sobre el planeta, la exclusión del mismo destino espiritual y de la presencia cultural del hombre. En un reciente trabajo de Karl Jaspers, titulado *La bomba atómica y el porvenir del hombre*, el filósofo alemán pone de relieve el papel de «aprendiz de brujo» que han desempeñado los sabios de nuestro tiempo ante las consecuencias de sus importantes trabajos científicos. La actitud de los científicos que han tenido una acción decisiva en el desarrollo de la técnica atómica es de verdadera perplejidad.

«Cuando oíamos hablar —escribe Jaspers— allá por los años 1920-1930, de energía atómica, pensábamos que solamente se trataba de una teoría. Nos hablaban de cosas prodigiosas y nosotros las encontrábamos sumamente interesantes en cuanto a nuestra representación de la materia. Pero nos parecían sin importancia práctica. Hoy se hallan ya inscritas en los hechos.»

Los documentos referentes a la última guerra nos revelan cómo Einstein y los sabios atómicos americanos impulsaron a Roosevelt para llegar a la bomba atómica antes que Hitler y los sabios alemanes. Einstein y los sabios americanos se pusieron incondicionalmente al servicio de la política, y la primera consecuencia práctica de su actitud se produjo el 6 de agosto de 1945 en Hiroshima y el 9 de agosto en Nagasaki. Luego, los mismos sabios atómicos, con Einstein a la cabeza, advirtieron a la Humanidad que la bomba atómica podría provocar el fin del mundo.

¿Cuál es, en realidad, el papel desempeñado por los sabios ante las terribles consecuencias que encierran los resultados de su investigación? Su situación nos la configura Jaspers en el trabajo que acabamos de citar. «Los sabios han llegado a ser, en cuanto mano de obra calificada, instrumentos al servicio de los Gobiernos que desean armas de una capacidad máxima de destrucción para estar siempre mejor armados que sus adversarios. Algunos sabios, en su alma y conciencia, tienen escrúpulos. Titubean. La mayor parte de ellos se hallan sumergidos en el estudio de los problemas técnicos que tienen que resolver. Hacen lo que se les pide, sin querer reflexionar sobre el problema. Hay un abismo entre la ingeniosidad de su creación técnica de un lado y su ingenuidad política de otro. Espantados por lo que han creado exigen una solución, agitando ideas de paz y siguiendo sus investigaciones. Estos hombres de tal inteligencia quieren y no quieren, se comportan como niños y hablan de tragedia.»

En realidad, el problema presenta aspectos mucho más graves que las eventuales crisis de conciencia y de confusión moral de los sabios atómicos. En el juego de las fuerzas políticas, en el gran juego en torno a las armas atómicas, en que se halla implicada la suerte de nuestro mundo, el papel de los sabios atómicos, secundarios consejeros de los príncipes de hoy, es sensiblemente inferior al que desempeñaban adivinos y astrólogos en las socieda-

des llamadas primitivas. La bomba atómica ha llegado a tener una indiscutible situación objetiva en el gran juego de las fuerzas políticas. El chantaje, la astucia y la amenaza han sido siempre instrumentos de la política, pero siempre instrumentos limitados. En cuanto lo que se ponía en juego no era la destrucción total del adversario y mucho menos la destrucción de la vida humana, estos instrumentos poseían validez persuasiva hasta un determinado límite, establecido por la conveniencia o por la guerra. Hoy la política, con sus fuerzas concentradas *grosso modo* en manos de dos bloques imperialistas, ha alcanzado de veras lo que una determinada filosofía llama situación límite. A saber, una línea divisoria extrema, pasada la cual ya no existen límites.

El gran juego, lo que en la política tradicional ha tenido este nombre, se identifica hoy con un singular chantaje. El problema es, en sustancia, éste. El diálogo sobre el destino de la humanidad tiene hoy lugar entre los dos colosos. Uno de ellos ha transformado la idea de la libertad, tal como se entiende y utiliza ella durante los últimos siglos, en pura fórmula, en la cual, antiguas y arraigadas situaciones paradójicas han llevado a una enorme trampa. Según el lenguaje del dialogante totalitario, esencialmente cínico, puesto que es imposible tal perturbación esencial de la conciencia moral del hombre, la esclavitud es libertad; un país dominado por los tanques del ocupante es soberano y no puede admitir ingerencias externas; la rebelión total de masas desesperadas por la tiranía y el hambre, llevada a cabo por cuadros comunistas o excomunistas, es un sabotaje de espías reaccionarios al servicio del adversario; el dominio de una casta despiadada sobre cientos de millones de hambrientos es verdadera democracia desde el momento que a sus ideólogos se les ha ocurrido llamarla «popular».

¿Cuál es la actitud del otro dialogante? ¿Qué puede él hacer cuando se le contesta con su propio lenguaje, tergiversado, camuflado, pervertido al extremo? En pura dialéctica, su actitud es, al principio, el verdadero asombro. ¿Cómo es posible, se pregunta, manejar así unos conceptos que para mí son ideales de vida? Pero el diálogo continúa. Al asombro sigue, pasado el choque psicológico inicial y fortalecida su propia tendencia a vivir en paz, una cierta propensión a «comprender la actitud del adversario». Pero he aquí, que el adversario, ganada en parte la batalla dialéctica, mientras el otro trataba de comprender, además de seguir sus métodos en el propio campo de acción, aumenta su amenaza contra las posiciones del otro. En este juego dialéctico, absurdo y trágico, se han desarrollado las relaciones hasta ahora entre Rusia y los Estados Unidos, tendiendo ambas fuerzas a completar el *stock* de bombas atómicas en medida suficiente para destruir la vida sobre el planeta.

Así, se ha llegado al gran chantaje, a la trágica alternativa que se le plantea al hombre. La bomba atómica, detentada con iguales posibilidades destruc-

toras, por Rusia y Estados Unidos, ha creado una situación totalmente nueva en el juego de las fuerzas políticas. En menos de dos generaciones, la Humanidad ha tenido dos guerras mundiales. Ahora se halla ante un tercera posible guerra mundial, que puede ser la definitiva. Al no reaccionar en el momento del asombro ante el «redescubrimiento» de los métodos soviéticos, los Estados Unidos han perdido definitivamente la ocasión de tratar el problema según modos clásicos. De esta forma, la amenaza de la bomba atómica, llega a realizar un impacto violento en los métodos clásicos de la política. La disyuntiva está, en realidad, planteada por Rusia, la cual no ha dejado por un solo momento de tener la iniciativa de las cosas, desde 1945, hasta hoy.

El impacto de la bomba atómica es ya, mucho antes de estallar, una realidad violenta como factor político decisivo. Nosotros estamos, por tanto, colocados ante la alternativa, única en la Historia, de elegir entre la esclavitud y la muerte. Nos hallamos en lo que se viene ya llamando la era del chantaje. Si la bomba atómica significa la muerte, la primera reacción natural es: «Todo, antes que la bomba atómica.» Pero este «todo» significa la esclavitud, la degradación absoluta del hombre, sin que por ello desaparezca el miedo ante el futuro, entre los hombres que viven aún en libertad. La libertad deja, por lo tanto, de ser condición *sine qua non* de la vida. Pero, detrás de esta primera actitud inspirada por los reflejos esenciales del instinto de conservación, otra actitud se abre camino, fruto de la reflexión ante el destino del hombre. Hay en el mundo de hoy millones de seres que prefieren el riesgo de la bomba atómica, de la muerte física, a la esclavitud y a la miseria material y moral en que viven. Ahí está, aún fresco, el ejemplo de la revolución húngara, que ante la actitud de los que exclaman «todo, antes que la bomba atómica» y olvidan rápidamente a los muertos de Budapest, opone su actitud, más categórica aún, ya que sellada con sangre: «Todo, antes que esto, lo que nosotros vivimos.»

Pero la situación no se reduce tampoco a esta escueta alternativa, determinada por el chantaje de la guerra atómica. Si así fuese, si tan radicalmente se plantease la cosa, la alternativa destruiría, mientras opere el chantaje y la amenaza, cualquier forma de conflicto. Y, en realidad, no es así. En realidad, la guerra continúa. Los dos colosos se enfrentan en lo que se llama la guerra indirecta. Lo han hecho ya en Corea, en Indochina, en Oriente Medio. Lo harán probablemente en otros lugares, sin que la guerra, con sus múltiples frentes, implique un tipo de destrucción total. Jaspers tiene razón al definir la situación como paradójica. No la tiene, en cambio, al establecer el diagnóstico. Considera estos conflictos como guerras locales y establece que la guerra se está convirtiendo en «atroz» privilegio de los Estados pequeños. Se llega, escribe Jaspers, a un resultado extraño: «Más poderosos

son los Estados a causa de la bomba atómica, mas parecen paralizados momentáneamente, mientras los pequeños perpetran sus actos de violencia.»

En realidad, la guerra sigue siendo privilegio de los grandes. Estas guerras locales son, en primer lugar, tanteos y actos de agresión al mismo tiempo que consecuencia natural de una falta de orden mundial. Mientras tanto, se sugieren multitud de soluciones y se formulan diferentes hipótesis. En primer lugar, se trata de destruir los stocks de bombas atómicas, mediante un control recíproco y una modificación necesaria del antiguo concepto de soberanía. Al mismo tiempo, Inglaterra fabrica sus propias bombas atómicas, para alcanzar una especie de independencia estratégica. A su vez, Francia, como lo manifestaba en su reciente estudio el mariscal Juin, quiere también sus bombas atómicas, el único medio, afirmaba, para asegurar la defensa de Europa y la vigencia del dispositivo estratégico de la NATO. También se habla con mucha y acaso justificada insistencia de que, poseedores los dos bandos de la bomba atómica, ésta no se emplearía, y se aporta como ejemplo el hecho de que Hitler, en la más desesperada situación, no recurrió a la guerra destructiva total.

Pero todas éstas son simples conjeturas. Mientras tanto, lo que adquiere trágica validez es la alternativa, a la cual alude el filósofo alemán: emplear la bomba atómica o aceptar el totalitarismo comunista, que priva al mundo de la libertad. «La bomba atómica, una vez utilizada, destruiría probablemente, aunque acaso no ciertamente, concluye Jaspers, toda vida sobre la Tierra. Estar despojado de la libertad por el totalitarismo haría la vida sin valor, aunque no tuviésemos la certeza de que el totalitarismo duraría siempre. Ante la amenaza de la bomba atómica, que arriesga destruir toda la vida sobre la Tierra, se alza la amenaza de destruir toda libertad por el totalitarismo. El momento de tomar una decisión gigantesca puede presentarse. Nadie lo puede prever. Pero el examen de este caso de conciencia está justificado: no debemos dejarnos empujar como ciegos hacia semejante elección. La reflexión que se anticipa a situaciones posibles puede tener consecuencias sobre la decisión misma. La situación-límite se revela en todo su rigor irreductiblemente inscrita en una realidad que desafía todo pensamiento finito. Los mismos impulsos necesarios para una política de hoy hallan en ello un estímulo.»

### III

En una época tan revuelta, en cuanto se refiere a los acontecimientos políticos y sociales, como es la que vivimos, no han faltado, en la perspectiva intelectual de los problemas, lo que se suele llamar un diagnóstico. El



término mismo, tomado de la Medicina, indica de por sí una situación patológica. Como suele ocurrir en la Medicina, los diagnósticos certeros han alternado con los diagnósticos falsos, y al enfermo, a saber la sociedad de tipo europeo, le ha ocurrido lo que suele ocurrir a los enfermos en general: morir poco a poco, indiferentemente a si el diagnóstico ha sido certero o falso.

Por esto mismo, la gente, la opinión, los interesados en general, se han ido poco a poco desentendiendo de los diagnósticos y nos encontramos en la paradójica, absurda situación de que, en el punto álgido de la enfermedad, podríamos decir, cuando el enfermo ha hecho crisis, los especialistas se han ido a casa, se han recluso en su torre de marfil, como los poetas de antaño, y faltan nuevos diagnósticos.

Nada más curioso, más esperado y, al mismo tiempo, más chocante, por lo tanto, que la aparición —*rari nantes in gurgite vasto* de la comentarística abundante hoy de lo simplemente cotidiano—, de algún trabajo auténtico destinado a descifrar la perspectiva y el sentido lejano de los acontecimientos. Sin duda alguna, lo más interesante de todo lo ocurrido, en el campo de los acontecimientos políticos y sociales de los últimos años, han sido los síntomas de vastas rebeliones populares contra la tiranía comunista. La abundante comentarística de lo cotidiano les ha atribuído enorme espacio periodístico, pero escasa significación, ya que, una vez ahogadas en sangre por la violencia, su puesto en primera plana ha sido otra vez irremediabilmente recuperado por las extravagancias de las «estrellas» de cine y por la marcha de las competiciones deportivas. Por ello, un comentario como el que Thierry Maulnier dedicaba últimamente a estas rebeliones, que él considera como la verdadera revolución del siglo XX, en un librito que publica Plon, en París, en una interesante colección de actualidad titulada «Tribuna Libre», merece un especial saludo. Si no se trata de un diagnóstico y menos acaso de un diagnóstico del todo acertado, el trabajo de Thierry Maulnier nos ofrece en cambio una base concreta, unas cuantas ideas sobre las cuales nadie ha colocado un acento justo hasta ahora.

Thierry Maulnier es un intelectual francés de pura raza. Ideológicamente proviene de la derecha intelectual, una derecha lo menos reaccionaria posible, derivada de su adhesión primera a las ideas de la «Acción Francesa». Nacido en 1909, entra en 1928 en la Escuela Normal Superior, cantera de la más excelsa minoría intelectual francesa, siendo condiscípulo de espíritus tan diferentes con posterioridad en su orientación ideológica, como Robert Brasillach, Maurice Marleau Ponty, Jacques Soustelle y Simone Weil. Crítico, ensayista, filósofo, célebres fueron dos obras suyas, escritas pocos años antes de la última guerra, en plena juventud, fruto de preocupaciones di-

pares, a saber: «Más allá del nacionalismo» e «Introducción a la poesía francesa».

El actual comentario dedicado a las rebeliones populares anticomunistas, definidas como preludio de la «revolución del siglo XX», tiene mucho que ver con las ideas del libro, que tuvo gran difusión, sobre todo entre los nacionalistas de Europa y América, de Thierry Maulnier, titulado «Más allá del nacionalismo». Las contradicciones ideológicas y políticas del marxismo y el comunismo, sobre las cuales, Thierry Maulnier fundaba su crítica entonces, son en parte reactualizadas en el nuevo comentario. Este nuevo comentario se basa en acontecimientos concretos de enorme importancia, en el interior de «un gigantesco campo de concentración, donde una multitud oscura de hombres pagaba con su servidumbre y su miseria la fanática voluntad de poder de los amos y el despilfarro de los burócratas irresponsables, el imperio del terror y del silencio, de la pobreza, la fealdad y la desesperación». Todo el mundo estaba acostumbrado a la idea de la imposibilidad de que, dentro de este mundo triste y lunar, ocurriera algo parecido a las grandes rebeliones colectivas. Pero, a partir de 1956, estas rebeliones colectivas se producen. Berlín-Este, Vorkuta (en la estepa siberiana), Poznan, Budapest, demuestran que lo que parecía inconcebible se convierte en una serie de hechos posibles. Porque los hombres del universo soviético, las masas a las cuales tantas promesas fueron hechas, «han llegado a un punto en que la única promesa es la de una tercera guerra mundial y del apocalipsis nuclear.» A este grado de desesperación se explica la revolución húngara, verdadero «huracán de pasión y esperanza», «locura heroica» sin par, si se tiene en cuenta lo inexpugnable del aparato de represión del Estado soviético.

Thierry Maulnier combate desde la base, la afirmación de que se tratara de alzamientos reaccionarios. Los cuadros y las tropas de combate de esta insurrección, afirma, han sido formados en su casi totalidad por intelectuales comunistas o excomunistas, por estudiantes educados en la doctrina marxista, por una juventud que no había conocido más que el régimen comunista, por los obreros de Csepel, que fueron los últimos en depone las armas, por la totalidad de la masa trabajadora, encuadrada en sus «consejos» y «soviets».

Si Djilas llega a definir la formación y la estructura de la nueva casta opresora comunista, en forma de «nueva clase» y con ella la crisis de la sociedad comunista, Thierry Maulnier empuja su diagnóstico más lejos y examina el papel activo de las enormes masas de la sociedad comunista en crisis. Para Djilas, espíritu formado en la escuela leninista, según la cual es imposible una revolución sin organización, sin «cuadros» de mando, sin una

técnica perfeccionada, revoluciones como las que conmueven ahora el edificio comunista son inconcebibles. Otra es, en cambio, la facultad de captación de Thierry Maulnier, espíritu libre de dogmatismos ideológicos. Según Maulnier, la ruptura profunda realizada entre la «nueva clase», la casta de privilegiados y una minoría dirigente e intelectual y las masas proletarias populares, lleva a un fenómeno de rebelión de amplias perspectivas. En Hungría no se asiste, por lo tanto, a un fin, sino a un principio, no a la última rebelión premarxista, sino a la primera rebelión postmarxista. El marxismo y el comunismo dejan de ser, allí donde han consumado sus experiencias, un aspecto del porvenir y se convierten, definitivamente, a los ojos de los oprimidos, en una barrera de intereses y privilegios que hay que derribar.

A esta fatal consecuencia tenía que llegar, inexorablemente, por sus contradicciones básicas, el marxismo y el comunismo. Hace un siglo Marx ofrecía a la rebelión proletaria contra los modos capitalistas de producción y distribución de riquezas, una definición y una dirección activa. En la sociedad colectivista, fruto de la revolución marxista, con muchos más oprimidos que hace un siglo y más desesperados, los esclavos buscan, en plena rebelión, una ideología, un sentido, una dirección activa de su lucha liberadora. En esta sociedad, los antagonismos de clases han llegado a ser, acaso, más fuertes que nunca. De acuerdo con la tesis de Djilas, Thierry Maulnier cree que la causa primera de este estado de cosas, consistió en que la dictadura del proletariado fué sólo una fórmula mistificadora en manos de una nueva oligarquía política. Berdiaev afirmaba, hace años, que en vez de la dictadura del proletariado el comunismo había implantado «la dictadura de la idea de proletariado». Esta nueva oligarquía ejerce un poder absoluto sin precedentes. Ella detenta el monopolio del poder sobre las personas y las cosas, sobre los bienes y las ideas, sobre el bienestar, la distribución y el consumo de las riquezas. Acrecentando el poder del Estado, la «nueva clase» aumenta sin límites su propio poder, manteniendo a un nivel bajo el poder de consumo de las masas, mediante la famosa política de las «prioridades»; prioridad de inversiones en la industria pesada sobre la ligera, en la industria sobre la agricultura, en los armamentos sobre los bienes de paz. Examinando las cifras, se comprueba que la economía soviética es igual a la americana en lo que concierne a las inversiones para el poderío militar, la relación es de dos a uno a favor de los Estados Unidos en la industria pesada y producción de energía y acero, de cuatro a uno en lo referente a la producción económica total y de ocho a uno si nos referimos al poder adquisitivo del salario del trabajador. Las inversiones soviéticas a favor del bienestar del trabajador son mínimas y representan la parte de producción que no es indispensable a las inversiones prioritarias.

Pero las contradicciones del comunismo van más lejos aún. Marx y el comunismo combaten la plusvalía capitalista, pero no logran suprimirla en la sociedad colectivista; por la sencilla razón de que «la plusvalía es consustancial con la civilización maquinista»: el obrero de la máquina no puede recibir en remuneración el equivalente de lo que produce por medio de la máquina, por la sencilla razón de que la producción ha de pagar igualmente a la máquina. Además de continuar la sociedad colectivista viviendo en el mismo pecado de la sociedad capitalista, en ella misma el trabajador se halla mucho más excluido de la formación del capital y la concentración del poder, monopolio del Estado y su oligarquía, que en la sociedad capitalista.

El hecho es que, tanto la concepción económica marxista, como la capitalista, están superadas por una serie de acontecimientos que escapan a ambos esquemas ideológicos. Thierry Maulnier coloca el acento sobre este hecho capital, decisivo en el desarrollo futuro de la sociedad, verdadera base de la revolución del futuro. Por muy avanzados que pareciesen, ni siquiera los revolucionarios esquemas marxistas y comunistas pueden prever este hecho capital: que llegaría un momento que el trabajador y el consumidor dejarían de ser dos individuos diferentes, sino una misma persona. Esta verdad fué intuída hace años por Ford, al inventar la política de los salarios altos, y por Schacht, al inventar la política de la financiación del consumo. Desde entonces, ésta que Thierry Maulnier llama la revolución del siglo XX no ha dejado de aumentar su curso «empujada por la ley irresistible, irreversible, de la evolución térmica», la automatización y la nueva estructura. Al consumidor de hoy se le paga por consumir, más que al trabajador por trabajar.

Las fuerzas de expansión económica han empujado a la sociedad hacia esta situación esencialmente nueva. Bajo el impulso de esta realidad, una nueva sociedad se está estructurando. Sin aceptar en todo la perspectiva ofrecida por el escritor francés, puesto que muchos otros factores que él ignora en su esquema (entre ellos, el hecho de que amplias zonas geográficas y humanas están aún lejos de la acción directa de esas fuerzas de expansión económica empujadas al extremo), es indudable que, ante las perspectivas de esta revolución, la sociedad colectivista se mantiene cerrada en unos esquemas rígidos que determinarán necesariamente su agonía.

Porque más allá de la economía capitalista basada en la doctrina del beneficiario, y de la colectivista-marxista, del trabajo del hombre esclavo, se perfila una economía basada en la distribución del poder de consumo, base indiscutible de un nuevo tipo de sociedad.